

de casto; aunque malignamente la torcia en su oprobrio, porque lo atribuia á la insensibilidad, ò estupidéz. Vivieron á un mismo tiempo en Athenas estos dos Filósofos. Por vecino, y por émulo no podia Chrysipo ignorar los vicios de Epicuro. Si fuese lascivo, es claro, que no le confesaría continente. No pudiendo, pues, negarle, la partida de casto, desbarró su malicia por otra parte, y dixo, que su continencia no dependia de virtud, sino de estolidéz.

27 Finalmente propondré contra los calumniadores de Epicuro una reflexion, que me parece arto eficaz. Refiere Diogenes Laercio, que fueron innumerables los libros que escribió Epicuro; de modo, que ninguno de la antigüedad le igualó en la multitud de escritos. *scripsit autem Epicurus infinita volumina, aded ut illorum multitudine cunctos superavit.* (Diog. Laert. lib. 10.) Digame ahora el mas preocupado contra Epicuro, si es verisimil, que un hombre, que constituía toda su bienaventuranza en los deleytes corporeos, y por consiguiente todo entregado á la glotoneria, á la embriaguéz, y á la lascivia, pudiese escribir tanto. Es claro que no, porque sus desordenes le pondrian lo mas del tiempo en estado de no poder tomar la pluma, y aun llegarían á inhabilitarle del todo, como ordinariamente sucede á los que profesan este genero de vida brutal.

28 Restanos decir algo sobre los tres capitulos propuestos arriba, en que se fundaron los infamadores de Epicuro. El primero facilmente se desvanece, porque constando que Epicuro fue parco, sobrio, y continente, con evidencia se infiere, que no colocaba la bienaventuranza en los deleytes de la gula, y sensualidad. El deseaba ser feliz, como con invencible necesidad desean todos los hombres; por consiguiente, si sintiese que la felicidad consistia en esos corporeos deleytes, los buscaría, y abrazaría. Pero deslindemos este punto con mas exactitud.

29 Dos partes hay que considerar en esta doctrina de Epicuro: la una cierta, la otra questionada. La cierta es, que

que colocó la felicidad en el deleyte: la questionable es, en qué especie de deleyte, ò en orden á qué objeto colocó la bienaventuranza. En quanto á lo primero estuvo tan leños de incidir en un torpe error, como comunmente se piensa, que antes habló con mas propiedad, y mas filosóficamente, que los demás Filósofos del Paganismo. De éstos uno constituía la bienaventuranza en las riquezas, otro en la dominacion, otro en los honores, otro en la salud, otro en la fama, &c. Generalmente, si se mirá bien, sobre errar en el fondo de la cosa, hablaban con suma impropiedad, porque tomaban por bienaventuranza, ya la causa objetiva, ya la instrumental de la bienaventuranza. Epicuro explicó derechamente la cosa por su misma esencia, no por sus causas. Constituyó la bienaventuranza en un acto del alma, en que concuerdan con él todos nuestros Theólogos, y algunos aun en la especie del acto de delectacion, gozo, ò fruicion: sentencia, que aunque no es de las mas válidas en las Escuelas, tiene problemente los grandes apoyos de S. Agustin, y Sto. Thomás. S. Agustin en el lib. 1. de Doct. Christ. cap. 32, dice, que el premio supremo que Dios dá, es el gozar de él: *Hac autem merces summa est, ut eo perfruamur.* Y en el lib. 8 de Civit. cap. 9, sienta, que nadie es bienaventurado, sino el que goza el objeto amado: *Nemo beatus est, qui eo quod amat non fruitur.* Santo Thomas 1 2, quæst. 33, art. 3, in corp. distinguiendo entre el ultimo fin objetivo, y formal del hombre, dice, que el primero es Dios, el segundo la fruicion, ò acto de gozar de Dios, el qual incluye en sí el deleyte de poseer el ultimo fin, y en este sentido se puede decir, que el deleyte es el sumo bien del hombre. *Optimum in inaquaque re est ultimus finis. Finis autem, ut supra dictum est, dupliciter dicitur, scilicet ipsa res, & usus rei, sicut finis avari est, vel pecunia, vel passio pecunia, & secundum hoc ultimus finis hominis dici potest; vel ipse Deus, qui est summum bonum simpliciter, vel fruicio ipsius, qua importat delectationem quamdam in ultimo fine; & per hunc modum aliqua delectatio hominis potest dici optimum inter bona humana.*

30 Supuesto, pues, que no erró Epicuro en colocar la humana felicidad en el deleyte, solo resta que errase en la designacion del objeto de ese deleyte; y yo confesaré que erró en esta parte; pero afirmando al mismo tiempo dos cosas à fu favor, la primera, que no erró con error prácticamente inhonesto, ò que tenga mala consecuencia acia las costumbres. La segunda, que erró menos que todos los demás Filósofos Gentiles. Lo primero, sobre constatar de lo que diximos arriba de la sobriedad, y continencia de Epicuro, se prueba con sus mismos Escritos. Entre los pocos, que por la diligencia de Diogenes Laercio se nos han reservado, está su Carta à Meneceo, donde expone toda su doctrina moral, y en ella claramente explica, y aun inculca, que el deleyte, que pone por constitutivo de la felicidad, es unicamente el que resulta de la salud, ò indolencia del cuerpo, y de la tranquilidad del animo, con exclusion positiva de todos los placeres vedados. Notense expecialmente estas palabras suyas, en que rechaza juntamente la maligna interpretacion, que ignorantes, y émulos daban à su doctrina: *Constat igitur, quando Voluptatem, beate vita dicimus finem, non intelligere nos eas voluptates, que sunt virorum luxu difluentium, aut aliorum etiam, quatenus spectantur in ipsa actione fruendi, qua nimirum sensus jucundé, dulciterque afficitur, veluti quidam ignorantes, aut à nobis dissentientes, aut alioquin adversum nos malé affecti interpretantur; sed illud dumtaxat intelligimus, non dolere corpore, ac animo non perturbari. Si quidem non comotationes, comessationesque perpetue, non ipsa puerorum mulierumque consuetudo, non piscium delicia, aut quacumque alia mensa lautioris cupidia jucundam vitam pariunt, sed qua cum sobrietate, serenoque aded animo, est ratio, causas, cur quid eligendum, fugiendumve sit, investigans, ac opiniones abigens, ob quas plurima mentes occupat perturbatio.*

31 Esta doctrina no conduce à desorden alguno en la vida, porque la salud del cuerpo, y serenidad del animo, licitamente pueden apetecerse; y varones muy es-

pi-

pirituales positivamente desean, y procuran una, y otra. Es sin embargo errada, por constituir el ultimo fin, ò suprema felicidad en ellas; mas este error es comun à todos los Filósofos Gentiles, pues todos la colocaron en objetos criados. Por otra parte digo, que el de Epicuro es el menor de todos los errores, que hubo en esta materia, porque por lo menos dió en blanco de la felicidad (llamemosla asi) sublunar; y ni aun en este acertaron los demás Filósofos. Porque considerese un hombre dotado de todas aquellas ventajas, en que los demás colocaban la felicidad, riquezas, honores, aplausos, sabiduría, &c. podrá con todas ellas pasar una vida infelicissima, y miserrima; porque no solo cada una de por sí, pero ni aun todas juntas le indemnizan de mil aflicciones, que pueden ocasionar innumerables accidentes adversos. Por sabio, rico, y poderoso que sea, no podrá evitar que se le muera el amigo: que le sea infiel la muger: que salgan estúpidos, ò mal inclinados los hijos: que le muerdan los embidiosos, &c. Pero con lograr precisamente lo que Epicuro pretendia, salud del cuerpo, y serenidad del ánimo, queda el hombre fuera de toda miseria. Suceda lo que sucediere, como se conserve el animo sereno, se puede decir, que es feliz el sugeto, pues no padece alguna afliccion, ò congoja.

32 Acaso me opondrán, como preferible à la de Epicuro, la sentencia de Zenon, y los Stoicos, que colocaban la felicidad en la práctica de la virtud. Digo, que esta doctrina es de bello sonido, pero falsa, y ridicula en el fondo. Yo tengo creído, que los Stoicos fueron los menos sinceros entre todos los Filósofos. Un gran Critico de estos tiempos les dió con gracia, y propiedad el nombre de *Phariseos del Paganismo*. Trahan siempre en boca la virtud, y una virtud austerisima; pero en el hecho solicitaban como el que mas, la propria comedia. Seneca, aquel grande honor de la Escuela Stoica, al mismo tiempo que estaba opulentisimo, predicaba en alto grito à favor de la pobreza. Lo que fuertemente me

per-

persuade, que los Stoicos, sin excluir al mismo Seneca, eran unos hypocritones, es la evidencia de que no creían posible la misma virtud que predicaban. Querian que el varon sabio llegase à ser insensible: que puesto en los mayores tormentos estuviese alegre, y sereno: que quantas vejaciones le hiciesen los hombres no le ofendiesen mas que al Sol las flechas disparadas ácia el Cielo, ò à los Dioses los golpes que reciben sus estatuas. Uno, y otro son similares de que usa el mismo Seneca. Yá se vé, que esta es una virtud, no solo ideal, sino quimérica. El suceso de Dionysio de Heraclea representa bien sensiblemente la extravagancia de la Filosofia Stoica. Este Filosofo fue largo tiempo discipulo, y sectario de Zenon: gozaba entretanto buena salud. Llegó el caso de padecer un gravissimo dolor, ù de ojos, ù de riñones (que uno, y otro se lee en diferentes escritos de Ciceron), y viendo que le era imposible gozar entonces de aquella serenidad, y quietud del ánimo, que tanto resonaba en el Aula de Zenon, abandonó su Escuela, y se dió despues à todo genero de delicias.

33 La virtud, aunque no solo es buena, mas tambien capaz de hacer al hombre feliz, considerada como medio; pero contemplada en razon de término, conforme al sistema Stoico, y sin respecto à otro premio indistinto de ella, es frecüentemente ardua, y trabajosa. Supongo, que harto mas virtuoso fue San Pablo, que Seneca, ni Zenon. ¿Y qué dice de la virtud considerada sin respecto al premio de la vida eterna? todo lo contrario de aquellos dos Filósofos: *si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus* (1 ad Corinth. 15). *Si no esperamos de Christo otro bien, que el que recibimos en esta vida, somos los mas infelices de todos los hombres.* ¿Y por qué los mas infelices? Por ser los mas virtuosos.

34 El punto de Religion es el mas critico respecto de Epicuro. Concedia, que havia Dioses; pero privados de todo genero de manejo en las cosas humanas. Verdade-

ra-

ramente yo no sé qual califique de error mas absurdo, si el negar la existencia à la Deidad, si concediendole la existencia, negarle la providencia. Sospechan algunos que Epicuro sentia diferentemente que hablaba; esto es, que no creía que huviese Dioses, pero por miedo del castigo los concedia. En efecto, él frecüentaba los Templos, y asistia devoto à los sacrificios en tanto grado, que Diogenes Laercio recomienda como sobresalientes su culto, y su respeto à los Dioses: *Sanctitatis quidem in Deos, & charitate in Patriam fuit in eo affectus ineffabilis.* Sospechan, digo, que todo esto era hypocresía. Bien puede ser; pero no hay repugnancia alguna en que hablase, y obrase sinceramente. Supuesto que ha havido Filósofos, que negaron toda Deidad, ¿qué dificultad hay en que otro, ù otros concibiesen existente solo una Deidad ociosa, ò como titular, y honoraria, feliz por sí misma, y desembarazada de todo cuidado? Son sumamente varias las concepciones de los hombres. Tenemos exemplo indentico en Plinio el mayor. Este grande hombre, que tuvo bastante luz para conocer, que eran fabulosos todos los Dioses, que adoraba el Gentilismo, y sentó por basa fixa, que si havia Deidad, era una sola: puesta esta hypothesis, cayó en el mismo error de Epicuro, porque dixo resueltamente, que en caso de haver tal Deidad, no se mezclaba poco, ni mucho con las cosas humanas, y que era cosa ridicula pensar lo contrario: *Irridendum verò agere curam rerum humanarum illud quidquid est summum.* Lo mas es, que este desprendimiento del gobierno del mundo lo contemplaba, no como defecto, antes como excelencia precisa en la Deidad: y al contrario la providencia, como ajamiento de su nobleza: *An ne tam tristi, multiplicique ministerio non pollui credamus, dubitemusve?* Pues si uno de los mayores hombres de la antigüedad, qual lo fue sin duda Plinio, concibió como perfeccion necesaria de la Deidad la inaccion, ¿por qué estrañarémos el mismo error en Epicuro? Ello, como quiera que fuese, ò extravagancia

cia

cia de su imaginacion, ò artificio para disfrazar la impiedad, Epicuro vivió indemne en Athenas, sin que se le hiciese causa sobre el artículo de Religion. Y si Diagoras huviese dado en la misma escotadura, desahogaría su furiosa cólera, sin el riesgo de que los Athenienses le persiguiesen à sangre, y fuego, poniendo con publico pregon en venta su cabeza. Este Filosofo, haviedo sido lo mas de su vida supersticiosamente devoto con sus Dioses, en edad algo abanzada, casi de repente se hizo Atheista. El motivo fue de los mas ridiculos del mundo. Era Diagoras, no solo Filosofo, mas tambien Poëta. Sucedió, que otro de la misma profesion, pero de inferior numen, le robó ciertos versos, que havia compuesto. Hizole comparecer en juicio sobre el hurto Diagoras: tomósele juramento al deliçiente, y él falsamente juró, que los versos eran composicion suya. No havia testigos, con que el reo fue absuelto, y publicó despues los versos como propios, recibiendo por ellos los aplausos, que eran debidos à Diagoras. De tal modo le desbarató à éste el entendimiento la indignacion, que sin mas, ni mas empezó à publicar, que era un error del mundo el pensar que havia Dioses; porque si los huviese, ò no permitirian, ò castigarian la insolencia de su ofensor, bien lexos de coronar iniquamente el hurto con el premio del aplauso. Podría, digo, Diagoras con el systema theologico de Epicuro desahogar la ira, sin arriesgar la cabeza, pues para el efecto de triunfar impunemente la maldad, lo mismo tiene carecer la Deidad de providencia, que carecer el mundo de Deidad; y los Athenienses le tolerarian aquella blasfemia, como se la toleraron à Epicuro.

35 Lo que hace à nuestro proposito es, examinar si el error theologico de Epicuro hacia consequencia à la desreglada vida, que le atribuyeron sus émulos, y que vulgarmente se le imputa. Confieso, que el que hiciere juicio de que un hombre, que niega à la Deidad la existencia, ò la providencia; aun concedida la existencia, es de perversas costumbres, acertará por lo comun en quan-

to al hecho; pero errará siempre en el derecho, si eso solo lo considera como consequencia necesaria del errado dogma. La razon es, porque hay hombres que carecen de vicios, solo porque carecen de pasiones. Hace en ellos el temperamento lo que en los demás la virtud. El vicio supone necesariamente un apetito depravado, y el apetito depende de la complexion individual. Asi, el que por ser naturalmente dotado de un temperamento muy benigno, no tiene inclinacion alguna à los desordenes de la gula, ò de la lascivia, aunque crea que no hay Dios, ò que aunque le haya, no castiga esos desordenes, será templado, y casto. Lo mismo digo de los demás vicios, y de las demás pasiones viciosas. En efecto, Atheista de buenas costumbres, si es monstruo, es monstruo que ya se vió algunas veces. Plinio dudó de la Deidad, y en caso que la huviese, le negó la providencia, como diximos arriba; con todo nadie puso la menor tacha en su modo de vivir. Era templado, sincero, amantísimo de la equidad. Sus escritos están llenos de Inventivas contra los vicios, tan energiosas, y fuertes, que se conocen salian del corazon. Y en fin, dos de los mejores Emperadores, que tuvo Roma en tiempo del Gentilismo, Tito, y Vespasiano, le estimaron mucho, y ocuparon siempre en importantísimos empleos. El famoso Atheista de estos tiempos Benito Espinosa vivia siempre retirado, y ocupado siempre, ya en el estudio, ya en fabricar telescopios, y microcopios: hombre sobrio, continente, y pacifico. Contra el Inglés Thomás Hobbes hubo bastantes sospechas de Atheismo, sin que fuese jamás acusado, ò notado de iniquidad alguna. ¿Pues por qué Epicuro con toda su errada creencia no podría vivir esento de los vicios, de que vulgarmente le acusan? Y siendo posible, debemos creer el hecho por los muchos, y graves testimonios, que hay à su favor. Si acaso se me respondiese, que la vida compuesta de los Atheistas era mera apariencia, ò simulacion para huir, ò el castigo, ò la infamia, digo, que para mi intento basta; pues

no pretendo calificar de hombre de verdadera virtud à Epicuro, si solo convencer de falso lo que se dice, ya de su torpe doctrina moral, ya de sus glotonerías, y obscenidades.

36 El ultimo capitulo de presuncion contra Epicuro, que consiste en el torpe modo de vivir de algunos Sectarios suyos, es totalmente despreciable. El argumento, que contra Epicuro se haga, de que algunos relajados de su Escuela interpretaron à favor del vicio su doctrina, es semejante al que se haria contra la Iglesia Catholica, de que los Novatores entendieron mal el Evangelio. Conoció la antigüedad dos generos de Epicuristas, unos rigidos, otro relajados. Estos segundos eran como hereges del Epicurismo, desertores de Epicuro con el nombre de Sectarios. La autoridad de Ciceron viene aqui clavada *Ac mihi quidem* (dice lib. 2 de Finibus) *quod & ipse (Epicurus) bonus vir fuit, & multi Epicurei fuerunt, & hodie sunt, & amicitias fideles, & in omni vita constantes; & graves, nec voluptate, sed consilio consilia moderantes, hoc videtur major vis honestatis, & minor voluptatis.* Si Epicuro fue buen hombre, y honesto, los que con nombre de Sectarios suyos vivian torpemente, ¿por qué no se han de descartar como espurios? Si de los que se llamaban Sectarios suyos havia muchos buenos, aunque tambien huviese muchos malos, ¿quiénes se ha de creer, que exponian sinceramente la doctrina de Epicuro, estos, ò aquellos?

### PLINIO EL MAYOR.

#### §. IV.

37 **I**nfeliz personage hace Plinio entre los literatos de escalera abaxo. Nada mas es que un embustero, que llenó su Historia Natural de patrañas. Esto ha dependido en primer lugar de los Autores Secretistas, los quales, para calificar con la autoridad de Plinio muchas maravillas, que falazmente nos prometen, citan à Plinio,

no

no solo para lo que Plinio no dice; pero lo que es mucho mas, para lo que abierta, y claramente reprueba. Frecuentemente hace Plinio mencion de varios secretos prodigiosos, ò operaciones raras de la Magia; pero siempre con irrision, y desprecio, tratando de charlatanes, y embusteros à los autores de ellos. *Siempre* he dicho, y no me retrato: No se hallará secreto alguno en todo Plinio, de estos, que tienen algun caracter de portentosos (siendo muchos los que refiere), à quien no eche el repulgo de patraña, mentecatez, ficcion de los que se llaman Magos, &c. ¿Y qué hacen los Secretistas? Proponen el secreto, que leyeron en Plinio, como verdadero, callando dolosamente, que Plinio hace burla de él. ¿A cuántos necios han trahido al retortero con la invencion de que pueden hacerse invisibles quando quieran! Este gran negocio se compone trayendo consigo la piedra Heliotropia, con la yerva del mismo nombre. Esta milagrosa receta se halla en Plinio (lib. 37, cap. 10); pero tambien se halla cosida con ella la censura mas fuerte, que se le podia arrimar; pues dice Plinio, que en un disparate de este tamaño se vé clarisimamente la osadía, y desvergüenza con que mienten los que se apellidan Magos: *Magorum impudentia, vel manifestissimum in hac quoque* (la piedra Heliotropia) *exemplum est.* Lo mismo sucede en todo lo demás. Y en el lib. 30, cap. 1, con un rasgo solo condena toda la cafila de operaciones magicas, llamando à la Magia la mas engañosa, y falaz de todas las artes: *Fraudulentissima artium.*

38 Aun de los secretos menores, que no tienen caracter alguno de increíbles, como son comunmente los medicinales, habla con tanta circunspeccion, que apenas propone alguno afirmativamente. Siempre, ò casi siempre, dá traslado à los que lo dicen, sin tomar cosa por su cuenta: *Dicunt, ferunt, tradunt, &c.* y muchas veces expresa en particular el Autor.

39 Mas como son pocos los que leen à Plinio en Plinio, si solo en las infelices copias, que hicieron de él tantos charlatanes, y embusteros, creyendose comunmente,

Como vI. del Theatro.

H

que

que tienen por Autor à Plinio las ridiculas ficciones que le atribuyen, ha llegado este grande Autor à padecer la ignominiosa vulgar opinion de poco veridico, ò nada sincero.

40 Lo peor es, (quisiera callarlo, y el santo desengaño me manda decirlo), que no solo secretistas, y charlatanes han puesto à Plinio en esta mala opinion, mas aun Escritores de muy diferente nota. ¡ En cuántos escritos Philosophicos, en cuántos Sermones impresos, y aun en libros de Ethica, y Mystica se ha hallado citado Plinio, como legitimo Autor de tales patrañas! Supongo, que los mas le citan con buena Fé, porque le hallaron citado en otros. Pero Dios nos libre de que à un Predicadorcillo de los triviales le venga bien para simil, ò para alusion alguna de las quimeras, que desprecia Plinio, que no dexará de encajarla à la sombra de su autoridad, como afirmada por él.

41 Otra ocasion del descredito de Plinio es la multitud de prodigios naturales (en gran parte falsos), que refiere en su Historia, especialmente de gentes monstruosas, y de raras qualidades, como pygmeos, hombres sin cabeza, y con los ojos en los hombros: otros con cabeza canina: otros con un ojo solo, y ese colocado en la frente: otros con los pies vueltos atrás: otros con dos pupilas en cada ojo: otros de pies tan grandes, que echados, se hacen sombra à todo el cuerpo con ellos: otros, que vén mejor de noche, que de dia: nacion entera de hermaphroditas, gente que solo se sustenta de olores: otra donde todos los individuos son fascinantes, &c. Como las frequentes peregrinaciones de los Europeos en estos ultimos siglos han penetrado todas las Provincias del mundo, y en ninguna han hallado tales monstruos, fue facil sospechar unos, que todos havian sido fabricados en la cabeza de Plinio, y otros creer que Plinio havia sido neciamente crédulo à relaciones de viageros mentirosos.

42 Una, y otra calumnia se redarguye con evidencia. La primera: porque al pie de cada noticia de aque-

lla

lla clase expresa el Autor de donde la derivó. La segunda, porque antes de proponer aquella turba de prodigios, hace la protesta de que no sale por fiador de la verdad, ò existencia de ellos, y remite al Lector para que se entienda con los Autores que cita, y que se ofrece exhibir à qualquiera que llegáre à proponerle su duda: *Nec tamen ego in plerisque eorum obstringam fidem meam potiusque ad Auctores relegabo, qui dubiis vedentur omnibus.*

43 Para complemento de esta defensa de Plinio, expondrémos aqui el juicio que de él, y de su Historia natural hicieron algunos hombres eruditissimos, y criticos de primera nota. Celio Rhodiginio llama à Plinio *Varon doctissimo*, y añade, que *solo à los indoctos desagradan sus Escritos*. Gerardo Juan Vosio apellida à su Historia *Obra grande*, y *nunca bastantemente alabada*. Josepho Scaligero, cuya errada creencia no le estorva ser uno de los primeros votos en esta materia, pronuncia, que la Historia Natural de Plinio, *por el mismo caso que es tan grande, y excelente, desagrada à los entendimientos vulgares*. Lansio le dá el titulo de *Bibliothecario de la Naturaleza*. Angelo Policiano le ilustra con los de *Colector de todas las cosas memorables, Juez supremo de los ingenios, Censor agudo, Admirador discreto*. el Jesuíta Drexelio le predica *Panegyrista nobilissimo de la naturaleza, y hombre de prodigiosa erudicion*; y en otra parte: *Perspicacissimo indagador de la naturaleza*. Justo Lipsio dice, que *no hubo cosa que Plinio no leyese, y supiese; y que en sus escritos juntó quanto sabian Griegos, y Romanos*. Los dos elogios, que nos restan, pertenecen mas directamente al asunto de esta Apologia. El primero de Guillelmo Budéo, que le dá el atributo de *Supremamente veridico*, que eso significa con propiedad la expresion de *veritatis antistes*, de que usa Budéo. Thomás Demsptero los de *Escritor diligentissimo, eloquentissimo, veracissimo, incomparable*; y en fin sentencia, que es uno, que vale por todos: *Unus omnium instar*. No hay mas que decir.

H 2

LU-

## LUCIO APULEYO.

## §. V.

44 Siempre he estrañado, que el docto Gabriel Nau-  
deó en su erudito libro, intitulado: *Apologia*  
*por los grandes hombres sospechados de Magia*, no introduxese  
la de Apuleyo, contra quien están mucho mas vulga-  
rizadas las sospechas de Magia, que contra muchos, cu-  
ya inocencia defiende en aquel libro, y no con tan leve  
fundamento. Sease qual se fuese la causa de aquella omi-  
sion, la suplirémos ahora, y podrá servir este paragrafo  
de addicion al libro de Naudeo.

45 El rumor de la Magia de Apuleyo empezó vivien-  
do él, propagóse despues de su muerte, y aun hoy se  
conserva en el vulgo literato. Es cierto, que fue Apuleyo  
acusado en toda forma del crimen de Magia ante Claudio  
Maximo, Proconsul de Africa, en cuyo proceso el mismo  
reó hizo el oficio de abogado; y como eloquentísimo que  
era, defendió excelentemente su causa. Esto todo pasó en-  
tre Gentiles. Eralo el Juez, eralo el reó, eranlo los acu-  
sadores. Muerto Apuleyo, dando ocasion para ello los  
mismos Gentiles, se estendió latamente entre los christia-  
nos la fama de su Magia, la qual se ha ido conservando,  
como he dicho, entre los literatos vulgares; pero no con  
tan absoluta exclusion de los verdaderos sabios, que no  
hayan caído en este error algunos de mas que ordinaria li-  
teratura: en que de nadie me admiro tanto, como del  
doctísimo Luis Vives, que no dudó afirmar como cosa  
cierta, y constante la Magia de Apuleyo (*in lib. 18 de*  
*Civit. cap. 18*).

46 Empecemos por su proceso. Apuleyo, natural de  
la Africa, estudió primero en Cartago, despues en Athe-  
nas, y ultimamente en Roma. Era de ingenio sutil, y así  
adelantó mucho en poco tiempo; de modo, que aun en edad  
florecente volvió à la Africa docto yá en toda forma, pero  
muy pobre, por haver consumido todo su caudal en los

Via-

viages que havia hecho. Su juventud, su buena presencia,  
y su discrecion, le abrieron puerta para vivir con toda  
comodidad. Prendóse de la gallardia, y agudeza de Apu-  
leyo una viuda rica, llamada Pudentila, en cuya casa es-  
taba hospedado, y el negocio paró en casarse los dos.  
Llevaronlo muy mal los parientes del primer marido, de  
quien havian quedado à Pudentila dos hijos; bien que  
uno de estos, llamado Ponciano, que era amigo de Apule-  
yo, havia entrado gustoso, y aun influido algo en que el ma-  
trimonio se efectuase. Resueltos, pues, à desahogar su  
ira, acusaron à Apuleyo de hechicero. Articularon lo pri-  
mero, que con hechizos havia ganado el corazon de Pu-  
dentila; porque ésta, despues de nueve años de honesta  
viudéz, y en edad algo adelantada, y con sucesion varo-  
nil, no es creible, que tuviese alguna propension al casa-  
miento, si fuese excitada con malas artes. Articularon  
lo segundo, que Apuleyo guardaba con supersticioso cui-  
dado un lienzo, en que tenia embuelto no sé qué en que  
se discurría algun cachibache magico. Lo tercero mostra-  
ron una clausula de una carta de Pudentila, en que con-  
fesaba ser hechicero Apuleyo.

47 La satisfaccion que podemos dár à estos capi-  
tulos de acusacion, es la que dió en el Tribunal el mismo  
Apuleyo, y hoy se conserva entre sus Obras. Con des-  
precio respondió al primero, que no era menester hechizo  
alguno para que una muger de quarenta años (que no te-  
nia mas, aunque sus contrarios aumentaban la edad à se-  
tenta) se prendase de un joven, qual le pintaban à él sus  
mismos contrarios; esto es, de gentil disposicion, y gra-  
cia singular, y mas con la circunstancia de un casi conti-  
nuo trato, por vivir los dos debaxo de un mismo techo.  
Que à esto se añadia, que los Medicos havian persuadido  
à Pudentila, que se casase, atribuyendo à su continencia  
algunas indisposiciones que padecia; y su hijo Ponciano la  
sugería, que haviendo de casarse, no eligiese otro marido,  
que à su amigo Apuleyo.

48 En efecto, la acusacion en esta parte no puede  
*Tom. VI. del Theatro.* H 3 ser